

EL NOBEL DE SUAREZ

EL problema que tiene Suárez para conseguir el Premio Nobel de la Paz es que nunca ha hecho ninguna guerra. Tiene enfrente a Sadat, que es un hombre de combate, y está por lo tanto en la línea de los grandes Nobel de la Paz, como lo fue Kissinger. A Churchill, guerrero de toda su vida, estuvieron a punto de dárselo, pero finalmente tuvieron un poco de vergüenza y le dieron el de Literatura, lo cual es más vergonzoso todavía. Pero el mismo año le dieron el Nobel de la Paz al general Marshall, con cuyo plan se había desatado en el mundo la guerra fría y era un arma del predominio económico, político y militar de Estados Unidos en Europa, y que antes tenía una vida completa de combatiente. Como todo ello procede de una contradicción, que es la de que el dinero con que se fundaron los Nobel procede del que produjo el invento de la dinamita —que aún hoy, pasada de moda como está, sigue segando vidas humanas— a Alfred Nobel, nadie se extraña de nada.

Hay, además, una semántica que ha alterado el concepto de la palabra paz. El Ejército de los Estados Unidos tiene como lema "Peace is our task" ("La paz es nuestro trabajo"), cuando a todas luces su trabajo es la guerra, y hacerla lo mejor posible, incluso con bombas de neutrones que respetan las propiedades y destruyen las vidas humanas, como dice la propaganda. El uso del término "pacificación" comenzó a utilizarse en las guerras coloniales y en las zonas de ocupación: se enviaban tropas, o gendarmes, a "pacificar el territorio", lo cual indicaba ya luchas, combates, matanzas. Lo que ocurre es que la guerra, "fresca y alegre", como decía el Kronprinz, "única higiene del mundo", según el futurista-fascista Marinetti, perdió a partir de este siglo el prestigio épico que tenía y comenzó a considerarse, al fin, como un mal. La solución no fue prescindir de las guerras, sino incluirlas en la terminología de la paz y explicar que las guerras se hacían para conseguir la paz. Lo cual encierra una verdad: una vez aplastado el enemigo, el enemigo pierde por el momento toda intención de hacer una guerra.

En el caso del presidente Suárez como candidato destacado para el Nobel de la Paz de este año parece tenerse en cuenta su presunta condición de apaciguador de España. Y de la reconciliación de los españoles. Parece que al presidente se le atribuye la cualidad de haber terminado con una guerra civil que ocurrió cuando él no había nacido y que, sin duda, duraba hasta su gobierno. Para lo cual hay que suponer que ha terminado ya realmente: hay autores que no están muy seguros. Vizcaino Casas comenta en "El Imparcial" que Carter, ahora, diga que "es hora de perdonar y de olvidar", refiriéndose a la guerra civil de su país hace un siglo. "Y aquí seguimos quejándonos —dice— de que no se haya olvidado la guerra todavía". Es cierto que los vencidos son siempre prematuros en lo de pedir perdón y olvido: por lo menos, deben esperar un siglo. Lo que pasa es que, en ese tiempo, se mueren. Pero siempre se les puede rehabilitar a título póstumo. Los vencedores requieren que pase un tiempo prudencial.

Quizá el presidente Suárez tenga que esperar más tiempo. O pasarle el Premio a Carrillo, que fue quien inventó lo de la "reconciliación nacional". Y así pasarán años y guerras, frescas y alegres, y le podrán dar el Nobel de la Paz a un verdadero guerrero español. Quizá el mismo año le den el de Literatura a Vizcaino Casas. ■

POZUELO



El asesino de Trotsky, en la prisión de Méjico donde cumplió su sentencia, en 1950.

Río, falleció en París hace tres años. Quedan en Francia sus hermanos Jaume y Montserrat. Su hermano Luis acaba de llegar a Barcelona procedente de Moscú, donde hizo una brillante carrera científica. Ha declarado que Ramón quería "volver a Barcelona, aunque fuese a barrer sus calles". Ni eso habría podido hacer de haber regresado. No había concluido su misión.

El otoño de 1966 fui a Praga a enterrar a mi padre. En el vestíbulo del aeropuerto, esperando la salida de algún avión, vi a una anciana flaca y algo extravagante por la indumentaria. Me pareció que se había encogido, pero la reconocí pese a los cambios de la edad. No me acerqué a saludarla e hice mal, lo admito. De todos modos, si le hubiera saludado no me habría dicho que iba a Moscú a ver a su hijo Ramón, habría inventado cualquier historia. Sin embargo, todos sabíamos que Ramón Mercader estaba en Moscú, ¿dónde iba a estar, pues?

Acaba de morir y sería fácil decir que fue una víctima más de Stalin, pero todos fuimos Stalin. A todos nos hizo daño el estalinismo creado por todos y entre todos, sólo que muchos de los camaradas de Ramón hemos podido regenerar nuestras filas desestalinizando. A Mercader le tocó lo más siniestro, lo más pesado, y el hecho de asumir voluntariamente la car-

ga no atenúa su peso. Creo que la llevó lo mejor que pudo y nunca situó a los soviéticos en posición embarazosa o comprometida. Era parte de su misión.

Cualquier editor le habría dado millones por un libro que se titulase: "Por qué y cómo maté a Trotsky". Cualquier potencia imperialista pudo haberle ayudado a "escoger la libertad", pero Ramón Mercader era un hombre inteligente, lealtades aparte. Sabía que al aceptar la "misión" de ejecutar a Leon Trotsky debía ir hasta el fin. Y esto implicaba su silencio y la renuncia a las satisfacciones de la militancia abierta.

No se trata de hacer la apología del asesino invocando al militante, pero el caso de Ramón Mercader no puede tratarse como si fuese un Dillinger. Tiene implicaciones políticas. Debemos intentar explicarnos cómo fue posible la utilización del militante para un crimen fratricida preparado en los laboratorios de Beria contra un discrepante político. Hay que sacar enseñanzas porque las tiene, especialmente para mi generación. La de mi padre fue más crítica, más ética, menos manipulable, menos fanática, aunque su preparación teórica se haya mostrado precaria. El fanatismo, del signo que sea, es siempre reaccionario y, en el caso de Ramón Mercader, puede conducir al crimen; peor aún: al fratricidio. ■ T. P.